

de Cuba: la captación admirable de los dejos y dicciones del lenguaje. En otras palabras, puede decirse que son escritores con un gran oído y con una fina sensibilidad para los sonidos. Aquí se mezcla la medida de lo pictórico y la destreza musical para elegir las palabras y los giros precisos.

Asistimos a una gran transformación de la novela americana y dentro de ella también ha ganado un buen sitio la cubana. En los libros comentados en estas líneas contrastan dos aspectos importantes de la existencia insular que, en el fondo, están unidos por el drama económico común: la tierra abandonada a la pobreza por la carencia de preocupación de los gobiernos, por la desidia de los caciques y por la entrega al imperialista; y el mar, donde también se pierde la libertad de la pesca por la crisis y por la competencia.

Toda esta literatura está desgarrada por la emoción social, por la preocupación del destino cubano, por la necesidad de construir un porvenir mejor.

Es un testimonio emocionante y patético de un pueblo que busca su expresión entre dolores e inquietudes y bajo un signo de promesas y de esperanzas.—RICARDO A. LATCHAM.

 <https://doi.org/10.29393/At171-197DPAP10197>

MI AMIGO PIDÉN. Cuentos de *Luis Durand*.—Editorial Nascimento

Mariano Latorre y Luis Durand comparten el cetro del relato criollista en nuestra literatura. Sin embargo, hay pocas analogías entre ellos y es por caminos muy diferentes que han avanzado hasta llegar a darse la mano. Fuera de un antepasado galo situado en la ascendencia de ambos, que determina en uno y otro algunas condiciones intelectuales de equilibrio, moderación y buen gusto, no hallamos otros rasgos comunes entre estos dos escritores, ligados por una fuerte vocación al campo chileno, su paisaje, sus tipos, su ritmo vital. Latorre adquirió desde la ju-

ventud abundante cultura literaria, en el Liceo, la Universidad y el ejercicio constante de su cátedra de castellano. Durand se lanzó a la lucha diaria tras de breves estudios, y ha formado su cultura en el roce con los diferentes medios sociales que ha frecuentado, y en esa lectura continua que tiene por solo guía el gusto personal. Durand fué al campo a bregar por la subsistencia y por eso su interés enfocó primero al elemento humano, a los campesinos con quienes tenía que vivir y armonizar necesariamente, y después fué advirtiendo la magnificencia del escenario en que actuaban esos seres elementales. Latorre fué primero al campo como veraneante y turista y es natural que su imaginación se echara a volar sobre la grandeza del panorama, para advertir después al hombre que enredaba su tragedia en la vertiente de la montaña, en el bosque enmarañado, en el océano ululante o en el líquido espejo de los canales. Los halagos de una vida fácil y afortunada hicieron de Latorre un espectador objetivo que trasladó a sus relatos la fuerza y la poesía del paisaje, y que captó más tarde la psicología del habitante en razón de su curiosidad persistente y su vocación literaria. Los azares de una existencia dura y accidentada hicieron simpatizar a Durand con el campesino, su compañero de luchas e infortunios, y el paisaje se presentó después espontáneamente, como el ambiente de sus aventuras. Durand es un sentimental que se adentra con la intuición del sensitivo en el alma de sus personajes, sus cuadros se humanizan y vibran de emoción cordial. Latorre presencia desde lejos el drama de sus protagonistas y su poderosa objetividad y la precisión descriptiva realizan el milagro de llevar al lector una emoción en que a veces el escritor no participa. El estilo de Durand se ha enriquecido singularmente con un dominio cabal del folklore popular, principalmente campesino, condición en que aventaja sin duda a todos los otros criollistas. El estilo de Latorre se prestigia con un dominio profundo del idioma, con la terminología técnica de las artes y los oficios, en especial la agricultura y la navegación, con la nomenclatura de la

flora y la fauna. El autor de «Hombres y Zorros» es dueño de una técnica literaria atrevida, aborda sus vastas creaciones con decisión y audacia; su conocimiento integral de la vida chilena le permite agrupar sus diversos aspectos en ciclos novelescos. El autor de Tierra de Pellines ha visto surgir sus temas al azar de sus andanzas, al diapasón de sus emociones más hondas.

Esta disparidad de aptitudes no obsta para que ambos sean figuras eminentes en el género criollista, y la obra de uno y otro, por calidad y cantidad, quedará como la tentativa más seria de involucrar en la literatura la más típica chilenidad.

El libro que nos ocupa es una colección de diez cuentos, la mayoría de asuntos camperos. Aunque no son de un mérito uniforme, lo que sería por lo demás imposible, todos mantienen su rango y seducen al lector, siendo tal vez el más débil de todos «El Triunfo del Cenizo». Mi Amigo Pidén, el primer relato en el libro, por su colocación, es un delicado estudio de la psicología de un caballo, si así puede hablarse, en que hay mucha ternura y se plantea una nueva forma de relación entre el hombre y esos esforzados colaboradores suyos que llamamos irracionales, los que raras veces reciben el tratamiento humanitario y cordial que merecen. La señorita Adriana es más que un cuento, un largo poema en prosa; se trata allí con mucho sentimiento y delicadeza de la inclinación de un muchacho hacia su profesora de ciencias; el niño bate la campiña en busca de flores y animales raros para su maestra, dando en esta forma salida a un amor prematuro de que él mismo no se da cabal cuenta; el tema está llevado con acierto y buen gusto, las situaciones se intensifican sin caer en dramatismo, hasta que un desenlace cruel viene a dar la clave al muchacho sobre la índole de su inclinación. Aprendiendo a Brujo es un relato maestro, en que se ha explotado con talento todo lo que nuestro guaso puede brindar en malicia, astucia y socarronería, es un episodio inolvidable y su recuerdo hace revivir muchas veces la fruición de la lectura. El más dramático de todos los relatos es «En el Andarivel», aguafuerte trazada con el

pincel sombrío de un pintor lunático; la intensidad de la tragedia no vulnera el realismo crudo de la narración, cuyo epílogo es todo un hallazgo de intenso patetismo. Este cuento debería difundirse ampliamente, pues se logra descargar una fuerte corriente de emoción en el ánimo del lector, sin más recursos que los de la realidad inmediata, artísticamente valorados. El Sueño de Nanita es un relato inspirado; aquí el autor se evadió de sus ambientes habituales para acompañar a la imaginación maravillada y medrosa de una chiquitina por la Tierra Santa, cuando la Palestina sagrada retenía aun en su seno al divino Redentor, recién inmolado a la inconsciencia de los hombres, antes de que su alma volara a la altura. El lenguaje se hizo fervoroso como una oración, ingenuo y puro como el alma de un niño. Hacía falta la fina sensibilidad de Durand, su inmensa ternura por los niños y todos los seres pequeños y humildes, su poder evocador y su innato sentido de las proporciones y el buen gusto, para componer esta pieza temblorosa de emoción, desvanecida en brumas de ensueño. «El Jilguero» y «En la Vara» son cuentos en que se ha explotado con finura de percepción y habilidad narrativa diversos aspectos de la vida campesina.

Una de las condiciones más sobresalientes de Durand es su retentiva del idioma popular. Sin entrar a pronunciarnos sobre el valor artístico absoluto del folklore, es indudable que el novelista de temas populares tiene un elemento inestimable en este conocimiento. La forma de expresión de la gente revela su grado de cultura, su ideología y su psicología más recóndita, pues sus palabras son el vehículo en que se vacía todo el contenido de su tradición y su experiencia. Por esto la transcripción fiel del lenguaje popular en el relato de costumbres, no sólo aporta un elemento anecdótico y pintoresco, de eficacia realista y auténtico gracejo, sino también una exploración en el alma y la mentalidad colectivas. Otra condición capital de Durand es la amenidad, que parece derivar de su amor por la naturaleza y por el hombre y de una entrega total de todos sus recursos a su oficio de narrador.

Este hombre que parece un tanto aislado del mundo exterior, y que circula por las calles con paso lento, al parecer desatento y distraído, ha almacenado en su memoria un acervo inmenso de observaciones visuales, auditivas, sensoriales en general, a la vez que la meditación y el estudio han armado con un conocimiento profundo del corazón humano y sus conflictos. Ha dotado ya a nuestra literatura de un conjunto de obras valiosas, y no dudamos de que le dará aun mucho en el porvenir, pues sus condiciones intelectuales y morales garantizan una vida de trabajo fecundo.—DAVID PERRY B.



CHILECITO, por Sady Zañartu.—Edit. Nascimento, Santiago

Al leer este título en diminutivo, nos podríamos imaginar una cosa ligera, de ingenuidades sentimentales o meras acotaciones patrióticas o geográficas. Aunque, el nombre de Sady Zañartu previene en seguida y anuncia el sólido valor de la obra.

Y así es, efectivamente, Creemos difícil que en el género histórico-anecdótico de estos relatos, pueda algún escritor entre los nuestros igualarlos en estilo y compenetración. Sobre todo, en aquellos de índole estática—diríamos—, en que predomina el elemento decorativo o de composición, cuando el autor aporta a la escena y al escenario una justeza y una verdad reconstructiva incomparables. Hay, además, a través de todos ellos, una unidad psicológica que, así sean de diversos los temas, épocas y personajes tratados, le dan al libro todo tan completa semblanza de nuestro Chile, que bien justificaría el mismo título en rotundo superlativo.

Comienza el libro con el cuento «Chilecito», que es un cuento hecho y derecho. En él ha querido mostrar el autor ese amor patriótico del chileno, rico o pobre (sobre todo, el pobre), que sale del país, aburrido o huyendo de la miseria o de la justicia, y